

## *Las manos del peluquero*

Llegó en abril, con la primavera tardía de aquel año, acompañado de un perro viejo de bigotes largos y con una maletita de cartón en la que guardaba sus bártulos de peluquero. Se estableció en un zaguán que, según alguien dijo, había comprado al contado por más de tres mil pesetas. Durante un par de días, nos dedicamos a buscar cualquier pretexto para pasar frente a la puerta y echar una ojeada al recién llegado. Era un hombre viejo, de ojos azules, con el pelo corto muy blanco. Tenía la piel morena, casi brillante, de un dorado distinto al tostado oscuro de los paisanos que trabajan de sol a sol en el campo. Santiago el indiano dijo que ese era el color de piel de los hombres del mar.

Los primeros días el hombre siempre estaba sentado en una silla, mirando hacia la plaza, con el perro tendido a sus pies y con una pierna cruzada sobre la otra, como serenamente confiado en que a sus futuros clientes pronto les vencería la curiosidad. El primero en cruzar el umbral fue Antonio el enterrador. Más tarde en el bar de Nino, con un impecable corte de pelo y con orgullo de pionero, respondería con paciencia a las preguntas de los vecinos. «Tenéis que probarlo», repetía, «es como si te estuviera acariciando la cabeza todo el rato». Y tanto lo repitió, que Román, con una carcajada y un palmetazo en la espalda, le espetó: «Oye Antonio, ¿tú no te habrás vuelto sarasa?».

Pero lo cierto es que Antonio fue el primero de los muchos clientes que desde entonces llenaron la peluquería del recién llegado. Parecía que nunca nos hubiéramos cortado el pelo en el pueblo. La verdad es que, hasta entonces, el corte de pelo y el afeitado eran cuestiones privadas, domésticas, y, claro está, sujetas a la dejadez o destreza, según el caso, del interesado, de su esposa o de su madre.

La llegada del barbero (pues así empezó a conocersele) supuso un cambio en la higiene capilar del pueblo: las pelambreras y las barbas agrestes dieron paso a hombres afeitados, bien peinados y hasta sutilmente perfumados. Resultaba curioso ver a hombres como castillos rendidos sin pudor a la suavidad del tacto de las manos del barbero sobre sus cabezas y sus caras, y reconozco que me venció la curiosidad. Así que supliqué a mis padres que me permitieran cortarme el pelo allí. Falta me hacía, desde luego, pues sobre mis hombros de adolescente caían ya unas crines que competían con las de Caramelo, mi pobre burro; por

eso, mi madre no dudó en darme las dos pesetas que costaba el corte y un beso en la frente que me limpié avergonzado con el dorso de la mano.

Cuando entré en la barbería el hombre estaba sentado con la mirada perdida en la plaza. El perro, a sus pies, levantó indolente la cabeza y dejó escapar un leve bufido, un ladrido perezoso. El hombre, en seguida se puso en pie y, sin mirarme, me pidió que me sentara en el sillón. Era un sillón mullido, envolvente como un abrazo, de cuero rojo y fresco. El más cómodo en el que me había sentado jamás. El hombre se puso tras de mí, y, sonriendo al espejo, al tiempo que introducía sus dedos como comadreja por los enredos de mi nuca, me preguntó: «¿cómo quieres que te lo corte?». Un escalofrío de placer me recorrió el cuerpo. ¿Cómo explicarlo? Sus dedos eran finos, ágiles a pesar de la edad, que en la distancia corta del local se hacía aun más evidente. Antes de que acertara a responderle, esos dedos eléctricos recorrieron mi cabeza en un barrido desde la nuca hasta la frente; trazaron con suavidad, pero con el pulso firme de un dibujante, el contorno de mi cabellera; peinaron mis greñas simultáneamente desde la frente y desde la nuca, y se encontraron en el remolino que, sobre la coronilla, un poco a la izquierda, era el único patrón que seguía mi cabello en su desordenado crecimiento. Una sensación de abandono y sopor empezó a invadirme, y fue como si mi espina dorsal se estuviese derritiendo. Solo tuve fuerzas para susurrar: «corto», antes de abandonarme a su tacto. Con una mano manipulaba la tijera, que abría y cerraba frenéticamente haciendo saltar los pelos. Con la otra, sujetaba con firmeza y al tiempo no dejaba de palpar mi cabeza. Las tijeras se cerraban inmisericordes justo allí donde, una fracción de segundo antes, sus dedos finos se habían posado con la delicadeza de una mariposa y lo más curioso es que en todo este proceso, su mirada estaba absorta, perdida en el espejo como si en lugar de a su cliente estuviese mirando algo que solo existiese en el reflejo. Cuanto más corto iba quedando el pelo, más suaves y delicados se hacían sus toques en la cabeza, hasta adquirir un ritmo hipnótico que acabó por adormecerme...

Cuando abrí los ojos, el hombre se había vuelto a sentar en su silla, con la mirada perdida en la plaza. Me pasó la mano por el cráneo, ahora tan suave como el lomo de mi rucio, y con una forma redonda tan evidente que me costó reconocerme en el espejo. Me levanté azorado, lancé una disculpa torpe y el hombre se limitó a sonreír. Las dos pesetas tintinearón cuando fui a buscarlas en mi bolsillo y él me dijo que las dejara en el mostrador. Me despedí, y salí

por la puerta, y, no sé por qué, me detuve justo cuando esta se cerraba tras de mí. Me giré despacio y vi como el hombre, que seguía mirando hacia la plaza como si yo no estuviera allí, se levantaba y empezaba a palpar el mostrador, con la misma suavidad con la que antes había palpado cada centímetro de mi cabeza, hasta que sus dedos tropezaron con las monedas y, sin mirarlas, las guardó en su bolsillo.